

REFLEXIONES

sobre la pacificación

Paz a los vivos

EDITORIAL

El señor Presidente ha tendido la mano invitando a la pacificación. Máximos representantes de la Iglesia y de la ciudadanía han transmitido el gesto presidencial... "a quienes pueda interesar". Pronto Venezuela entera se dio cuenta de que también los guerrilleros estaban interesados en la paz. La mano sigue tendida, atractiva, pero vacía. Por lo visto, "canaima" sigue fascinando a quienes han gustado el sabor de las selvas y la montaña.

¿Por qué será que a nuestros guerrilleros les atrae, por un lado, la paz, y por otro lado, el monte? Estas dos ideas, en apariencia opuestas, quisiéramos comentar:

TENTACION DE PAZ

Uno de los aspectos que más llaman la atención en los recientes encuentros sobre la paz es el hecho de que se insiste más en el tema de la violencia que en el de la paz positivamente considerada. Esto tiene su razón de ser: la violencia es un hecho real, es un proceso social que está presente en toda la América Latina. Por otra parte, quien quiera entender las razones y motivaciones en que se mueven los grupos de violencia no puede evitar la mención histórica de Carlos Marx y la trayectoria de su sistema de revolución científica.

La revolución ideada por Carlos Marx fue y sigue siendo un sistema para superar un estado de injusticia radical. La solución de una injusticia radical no puede venir sino de una revolución también radical. La evolución natural del capitalismo lleva, según Marx, indefectiblemente, a formar las condiciones objetivas para la revolución definitiva: concentración del capital, miseria creciente del proletariado y crisis definitiva. Por eso el desarrollo natural del capitalismo es el paso previo a la revolución final.

Lenín, técnico de la revolución práctica, introdujo un elemento nuevo en el esquema de su maestro: la necesidad de un grupo selecto cuya misión será la de inculcar y organizar las masas proletarias. Este grupo se hará famoso en la historia; es el Partido Comunista. Sin él, las masas proletarias nunca

alcanzarían la cohesión y organización indispensables para la revolución. Y así ha sucedido históricamente.

Pero la actuación de los Partidos Comunistas ha traído una nueva modificación en el esquema de Carlos Marx. Sus éxitos no han florecido tanto en los países de capitalismo avanzado como en los pre-capitalistas o sub-desarrollados. La razón es obvia. Las masas proletarias en el capitalismo no han seguido la línea de depauperación creciente anunciada por Marx; en cambio, los campesinos de los países subdesarrollados son los que realmente poseen las condiciones de miseria y abandono predichas por Marx para los obreros industrializados. De ahí que los grupos revolucionarios de nuestros países latinoamericanos —siguiendo más la técnica que la doctrina— están dedicados a concientizar a los campesinos. El caso de las guerrillas venezolanas entra dentro de esta concepción.

Pero toda escogencia de tácticas está expuesta al riesgo de la equivocación. Y los resultados han sido que la política de las guerrillas en Venezuela fue una táctica equivocada para la revolución global. La forma como triunfó Fidel Castro no sólo engañó a muchos cubanos y a los americanos, sino también a muchos revolucionarios del continente latinoamericano, sin excluir a Venezuela.

Nadie duda de que el caso de la revolución cubana ha sido el motor de muchos intentos de revolución en América Latina, pero al mismo tiempo los resultados de la aplicación estricta de la técnica guerrillera cubana ha defraudado muchas ilusiones. No sería nada extraño que los guerrilleros venezolanos estén comenzando a cerciorarse de esta equivocación.

La diferencia entre el caso cubano y el venezolano es evidente. La lucha contra el gobierno usurpado por Batista unificó a todos los cubanos en un objetivo común. El gobierno de Venezuela, bueno o malo, es elegido por el pueblo. La figura de Fidel Castro durante su lucha guerrillera, con una ideología inteligentemente solapada, es muy distinta al Fidel en el poder, comunista declarado. Dista mucho el significado de un grupo guerrillero en la isla de Cuba —país geográficamente reducido y aislado, donde las sierras están relativamente cercanas a la capital— del significado que puedan tener en Venezuela a gran distancia de los puntos claves de la nación.

Para muchos observadores, las guerrillas en Venezuela no sólo no debilitaron al gobierno de Acción Democrática, sino que le proporcionaron argumentos para fortalecerse más. No en vano A. D. fue acusada de estar interesada más en mantener las guerrillas controladas que en hacerlas desaparecer.

La toma de conciencia de estas equivocaciones ha debido causar una gran decepción en nuestros románticos "héroes de la montaña". Heroísmo y quijotismo son dos posiciones muy fáciles de confundir. La verdad es que los resultados no corresponden a los esfuerzos. La tensión psicológica se ha ido prolongando demasiado sin convertirse en compromisos de acción global; los campesinos no han despertado a la llamada de la desesperación; el amplio cerco del ejército ha impedido su acercamiento a los puntos claves del poder constituido; los desacuerdos internos entre los grupos de extrema izquierda

con respecto a esta táctica han dejado también su huella de desánimo. En una palabra, la voz del tentador —también los guerrilleros tienen el suyo— hacia una vida más tranquila y hasta, tal vez, más eficaz, ha debido estar sonando suavemente en los oídos de los guerrilleros entre el verdor de nuestras selvas tropicales.

La misma ideología de la juventud más reciente ha cambiado de rumbo. La filosofía de la ya famosa revolución de Mayo en Francia—una de las más grandes hazañas logradas por la juventud—está minando el espíritu de lucha por la implantación de una sociedad comunista. Dentro de su sistema de "contestación" también ellos han sido puestos en tela de juicio. Y como las demás sociedades existentes, tampoco han resistido su exigente análisis. Han verificado que tan "alienante" es el sistema comunista como el capitalista. Ambos encajonan al hombre de tal manera que no les permite su realización como persona. En consecuencia, no ven razón para una lucha sacrificada por la implantación de otro sistema social también decepcionante. Los grupos ya comprometidos en la lucha armada no ven respaldo ni porvenir y, naturalmente, sus ideales se van resquebrajando...

En esta situación existencial llega a sus oídos la oferta de la mano tendida. Es una salida elegante. No pasan por la humillación de haber tomado la iniciativa que podría ser interpretada como un reconocimiento de su derrota y equivocación. El aprovechamiento de las ocasiones para enderezar errores entra dentro de las tácticas inteligentes. No se trata de una paz ofrecida a los derrotados o a los muertos, sino paz a los todavía vivos... Y esto es ciertamente tentador...

ATRACCIÓN DE LA MONTAÑA

Es propio de sabios descubrir y reconocer las causas o razones que apoyan una actitud, aunque no se esté de acuerdo con ella. Y en Venezuela hay razones reales que de hecho han impulsado una actitud guerrillera: desequilibrios sociales irritantes, riqueza de pocos y pobreza de muchos, ambos en ostentación, y un sistema socio-económico que por su misma naturaleza tiende más a afianzarlos que a solucionarlos. Que sean suficientes o no para la decisión tomada dependerá de la posición de quien las juzgue. Cerrar los ojos para no ver es signo de infantilidad; por eso el avestruz siempre será símbolo de estupidez.

La verdad de esta afirmación queda confirmada por los mismos guerrilleros:

García Ponce, uno de los escapados del cuartel San Carlos, afirma: "Las guerrillas son violencia, pero aquí hay violencia diaria y permanente en otros terrenos. Hay detenciones civiles y militares. Hay miseria. Hay violencia en los contratos, despidos y malas condiciones de trabajo que aceptan los dirigentes sindicales en complicidad con los patronos y gobierno, pisoteando la democracia sindical. Hay violencia en el rechazo que hacen las universidades y los liceos a más de 20.000 jóvenes."

Francisco Prada: "La violencia generada por el sistema de explotación y de injusticia que padece nuestra patria y en general América Latina no desaparecerá hasta tanto ese sistema sea liquidado."

Los grupos que tienen el poder y, por consiguiente, la capacidad de hacer los cambios profundos indispensables para mejorar el sistema son precisamente los beneficiarios de ella. De ahí que sea muy difícil, psicológicamente, que duden de la bondad del sistema quienes están gozando en carne propia de sus beneficios. ¡Cuánto más que lo cambien!

La conclusión de quienes han intentado hacerles ver su irritante posición de privilegio es que en ese mundo no hay nada que hacer... El avestruz cree alejarse del peligro real tapando sus ojos con las alas; los beneficiarios del sistema capitalista se abstienen de ver la realidad injusta contemplando su propia figura en el espejo de la abundancia conseguida, según ellos, en buena y honesta lid...

Por eso los que buscan sincera y eficazmente la justicia social por las vías normales del convencimiento nunca estarán libres de la sensación de que están empeñados en una batalla perdida. Si por carácter reaccionan violentamente, tendrán el peligro de caer en la tentación de la montaña. Camilo Torres sería el típico representante. Por eso los guerrilleros, por un lado, se sienten atraídos por el dulce silbido de la paz, pero, por otro lado, seguirán tentados por los atractivos de la montaña, no tanto por el sabor del heroísmo que en sí encierra, sino, sobre todo, por la realidad social injusta a la que posiblemente nunca se van a acostumbrar. Dejarán, tal vez, la montaña, como táctica equivocada, pero dudamos que se acojan a la paz integralmente considerada en una situación de violencia institucionalizada...

Y ahí están casi al alcance de la mano, haciendo apologías de la paz —"creemos que la paz es un bien y nunca nos hemos opuesto a ella" (Moleiro)—, pero poniendo condiciones para evitar interpretaciones de entrega incondicional: "No estamos rendidos, no estamos pidiendo clemencia." "Queremos paz en las condiciones mínimas señaladas por Escalona" (Moleiro); "Queremos conversaciones de poder a poder."

Nada pierden con pedir y una posición gallarda puede resultar buena propaganda publicitaria. No creemos que vayan a conseguir por parte del gobierno la aceptación de sus condiciones. El mismo Presidente se ha adelantado a declarar que son inaceptables. Al mismo tiempo esa posición exigente está indicando que todavía ven algún sentido a su permanencia en las montañas. "No somos bandas armadas en fuga, dice el guerrillero Guillermo Moisés Moleiro, continuamos avanzando. Podemos quedar indefinidamente."

¿PROBLEMA RESUELTO?

La oferta a la pacificación, resulte exitosa o no, puede causar la impresión de que el problema de la violencia está resuelto. Se oye decir que esta medida representa el colmo de las concesiones gubernamentales. Que de aquí en adelante quien se arriesgue a retornar a medios semejantes será un antisocial digno de ser encerrado y hasta eliminado por el bien de la sociedad. La triste verdad es que, con sólo eso, nada se ha resuelto:

Queda intacto el fondo del problema, que es el causante último de todos los sistemas de violencia: una realidad de injusticia social establecida.

Las guerrillas no son más que uno de los síntomas de protesta ante dicha realidad. Ya lo dijimos en el editorial de febrero: en Venezuela sí están pasando cosas que indican el despertar de esa indignación. Sería lamentable que creyéramos que el tejado de la casa queda arreglado con secar las gotas de agua que caen sobre el piso. La pacificación no va más lejos de eso: el techo sigue intacto y el agua seguirá pasando.

Para solucionar el problema de las goteras no hay más remedio que subirse al tejado, y el tejado de nuestro sistema socio-económico está fundamentalmente deteriorado.

Mientras no lo revisemos con sinceridad, no nos faltarán las goteras de la violencia. Si el dueño del edificio nacional duerme despreocupado en la única habitación confortable, será despertado, violentamente, por el resto de los inquilinos de la casa inundada.

Todos ansiamos la paz. La violencia, tanto la institucionalizada como la subversiva, no es cristiana ni evangélica, nos dice Paulo VI. "Pero la paz no se encuentra, se construye. La tarea del cristiano consiste en ser artesano de la paz. La paz es, ante todo, obra de justicia y fruto del amor, expresión de una real fraternidad entre los hombres", nos dicen los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín.

Concluimos, no va a bastar la mano tendida del Presidente en gesto de sinceridad para la verdadera pacificación. No se trata, repetimos, de desear la paz a los muertos, sino de construir la paz para los vivos y para quienes quieren vivir mejor.